

Napoleón fue uno de los grandes transformadores del Arte de la Guerra. Quizá el más grande. Poseedor de una visión estratégica genial, fue a la vez táctico consumado. Maestro de la política, cambió con habilidad estos tres elementos, característicos del gran general, para obtener la cadena de victorias más espectaculares y abundantes de la historia militar.

Dos siglos después Austerlitz, la Batalla

▣ Por General Alvaro Valencia Tovar
Asesor Revista Fuerzas Armadas



Cambió conceptos que se creyeron invariables, como el de pasar a cuarteles de invierno al caer sobre Europa las primeras nieves. Alteró el ritmo de marcha pausado y majestuoso de los ejércitos, pasando de 60 a 120 pasos por minuto, con lo cual elevó la movilidad de sus tropas en forma tan desconcertante, que logró pulverizar las fuerzas austriacas en el norte de Italia, en la primera de sus grandes campañas militares.

Oficial de artillería, dio a su Arma papel preponderante en la batalla, mediante la concentración de los fuegos en el punto crítico del dispositivo enemigo, para lanzar sobre la brecha el ariete penetrante de la infantería, en combinación con movimientos envolventes de caballería por uno o ambos flancos.

Introdujo la organización divisionaria, con lo cual agilizó y descentralizó el mando extremo rígido de los ejércitos de la época. Pudo así maniobrar con cuerpos distantes entre sí y del grueso del Ejército, bien como elementos de distracción y desconcierto que indujeran a dispersión de fuerzas y error, bien para converger sobre el escenario escogido para librar la batalla decisiva. Más tarde, cuando la Gran Armée creció en decenas de miles de hombres, ideó el Cuerpo de Ejército que confió a sus mariscales, ejecutores brillantes de sus grandiosas concepciones.

En Austerlitz, una de las grandes batallas de la historia, se hizo presente la convergencia de estos elementos para asegurar una victoria magistral.

Perfecta



Emperador de los franceses, Napoleón pudo diseñar su visión geopolítica y realizarla mediante la aplicación de una estrategia de perfiles magistrales, realizada en una serie de campañas en las que cada batalla fue un modelo de anticipación en el tiempo y maestría en la ejecución táctica.

Situación Político-Militar

Napoleón tuvo una visión geopolítica del subcontinente europeo, que dos siglos después de su era cobra forma en el carácter integracionistas de la idea napoleónica pero dentro de su concepción federativa voluntaria. Para Bonaparte, Francia estaba llamada a ser núcleo vital de un imperio alrededor del cual gravitaran agrupaciones étnicas mayores de cierta entidad histórica: la Confederación del Rin, constituida por los pueblos germanos, versión actualizada del milenario Romano Germánico fundado por Carlomagno. Austria, hereda mayor sel Sacro Imperio en acelerada extinción; Prusia al oriente e Italia

al sur. Las demás etnias, minoritarias y sin carácter definido de naciones, orbitarían como parte de esas cuatro entidades o reinos mayores.

Para realizar su gran propósito comenzó a dar pasos de gigante desde su ascensión al poder absoluto, como Primer Cónsul de la revolución que acabó devorando. Ya con el cetro y la corona imperial en sus manos, luego de destruir la segunda coalición europea creada para contener su ímpetu expansivo, enfrentó la Tercera a partir de 1804. La primera había sido derrotada por las tumultuarias mesnadas de la Revolución bajo Dourmiez, en la batalla de Valmy. Goethe, que la presencié a distancia, exclamó ante la victoria de la masa enfervorecida sobre las brillantes formaciones reales: "Hoy terminan las guerras entre ejércitos y comienzan las guerras de pueblos". Visión profética del acontecer militar en el siglo XX.

Emperador de los franceses, Napoleón pudo diseñar su visión geopolítica y realizarla mediante la aplicación de una estrategia de perfiles magistrales, realizada en una serie de campañas en las que cada batalla fue un modelo de anticipación en el tiempo y maestría en la ejecución táctica. Fue el empleo de la fuerza al servicio de la política, única forma napoleónica de realizar su gran propósito.

La Tercera Coalición, concebida y concretada por el gran Primer Ministro inglés William Pitt, se constituyó inicialmente con Austria y Rusia, pero comprendía también a Prusia, la potencia militar forjada el siglo anterior por Federico El Grande, ahora regida por Federico Guillermo III, militar inexperto y monarca vacilante. Alejandro, Zar de todas las Rusias, concurrió a la cita con un poderoso



ejército de 75.000 hombres, al mando del general Kutuzov, único entre los militares de alto rango rusos que reunía condiciones profesionales distinguidas. Francisco I de Austria concurrió con cerca de 28.000 hombres que pudo reunir apresuradamente, pues el tiempo se convirtió en un factor decisivo para la gran alianza, dado que Napoleón se hallaba con el grueso de su ejército en Boulogne, preparando el asalto por mar a Inglaterra, la frontera de Francia desprotegida y vulnerable. Sin embargo, el emperador pudo acudir con premura al mando de 65.000 hombres.

La gran diferencia residía en la calidad de los ejércitos enfrentados, su preparación para la guerra y la contextura del mando. Napoleón había creado la Grand Armée, un instrumento militar de primer orden, con nueve Cuerpos de Ejército al mando de jóvenes generales y mariscales ascendidos por mérito de combate con rapidez parecida a la de su propia y vertiginosa promoción, en su mayoría menores de cuarenta años, sólido bloque de hombres compenetrados con la mentalidad de su jefe a quien bastaban unas palabras para obtener inmediata comprensión y exacto cumplimiento de la voluntad de éste, en admirable acuerdo intelectual.

El 2 de diciembre de 1805, sobre una meseta al oeste de la localidad austriaca de Austerlitz, elegida por Napoleón para librar la batalla, apoyada hacia su retaguardia en las alturas de Presten que cubrían la ruta a Viena, ciudad que había ocupado con anterioridad y tenía considerable importancia para su ejército.

Movimientos preliminares

No pensaron los emperadores al mando de la coalición que su oponente alcanzara a reunir en el Teatro Austriaco una fuerza capaz de oponérseles. De todas maneras, su superioridad numérica constituía factor para ellos decisivos, hasta el punto que abrieron campaña sin esperar a que el vacilante monarca prusiano cumpliera el juramento pronunciado



ante el féretro de Federico el Grande de participar en la alianza, previo ultimátum a Francia, y no prestaron oídos al sabio consejo de Kutuzov de esperar a los prusianos y conducir mientras tanto una acción dilatoria que evitara los contundentes golpes napoleónicos que asombraban a Europa.

Napoleón anhelaba por su parte la ofensiva aliada, antes del arribo de los prusianos, que Alejandro de Rusia había obtenido de Federico. Para ellos se fingió débil. Propuso al Zar una entrevista que el engreído soberano ruso declinó, enviando como delegado a su ayudante personal, el príncipe y general Dolrukov. Este presentó a nombre de Alejandro exigencias desmedidas, como el abandono de Italia y de regiones avasalladas en las campañas anteriores. Napoleón, mago de la guerra psicológica, dudaba. Regateó, suplicando casi, para rechazar finalmente las demandas,

Napoleón, con el talento intuitivo de gran estratega, adivinó que los rusos tratarían de ganar su espalda por la izquierda, para cortar la vía de Viena y triturarlo con un ataque frontal de su grueso. A fin de invitar el ataque ruso, ocultó su reserva más fuerte tras las alturas y dejó ostensiblemente débil su ala izquierda, ocupando las alturas mientras sus adversarios se situaban sobre la gran meseta de Pratzen.



pero dando siempre la impresión de debilidad, que el emisario comunicó a su monarca.

El 2 de diciembre de 1805, sobre una meseta al oeste de la localidad austriaca de Austerlitz, elegida por Napoleón para librar la batalla, apoyada hacia su retaguardia en las alturas de Presten que cubrían la ruta a Viena, ciudad que había ocupado con anterioridad y tenía considerable importancia para su ejército. Las fuerzas aliadas se desplegaron al frente, los rusos al norte, los austriacos al sur.

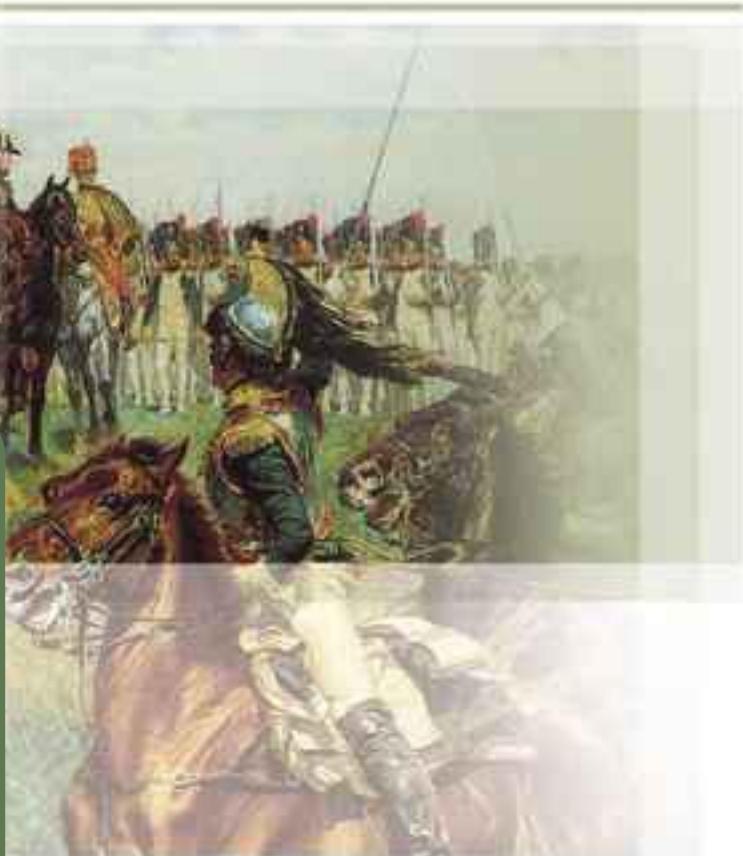
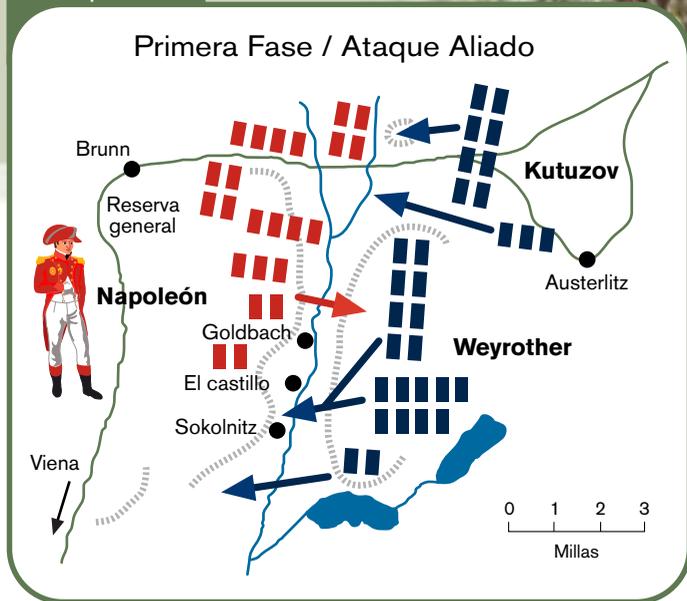
Napoleón, con el talento intuitivo de gran estratega, adivinó que los rusos tratarían de ganar su espalda por la izquierda, para cortar la vía de Viena y triturarlo con un ataque frontal de su grueso. A fin de invitar el ataque ruso, ocultó

su reserva más fuerte tras las alturas y dejó ostensiblemente débil su ala izquierda, ocupando las alturas mientras sus adversarios se situaban sobre la gran meseta de Pratzen. En respuesta a lo que sería el ataque aliado, emitió a sus generales reunidos las órdenes destinadas a contrarrestarlo. Su premonición resultó acertada en un todo y la batalla tuvo el desarrollo que él había intuido.

La Batalla. Primera fase

El avance de la compacta masa rusa arrolló la débil cortina protectora del ala izquierda gala y prosiguió impetuosamente, tan sólo para estrellarse ante la inesperada carga francesa. Contra la temible caballería cosaca, Napoleón lanzó los Granaderos Montados de su Guardia que

Mapa 1





los batieron en choque formidable, mientras la carga de la infantería francesa conducía a la rusa hacia unos estanques congelados, sobre cuya superficie prosiguió la retirada ante el empuje de la poderosa reserva napoleónica. Bonaparte ordenó de inmediato que la artillería concentrara sus fuegos sobre la superficie helada, que se resquebrajó devorando batallones enteros, destrozados a la vez por el fuego francés.

Los austriacos no fueron más afortunados en su ataque frontal a las posiciones francesas en Pratzen. Kutuzov empeñó entonces sus reservas, en parte para apoyar a sus acosadas formaciones del ala derecha, en parte, con su esfuerzo principal, para romper la línea francesa en refuerzo del ataque frontal. Weyrother, el comandante austriaco, pugnaba por penetrar la línea enemiga con el grueso de sus fuerzas.

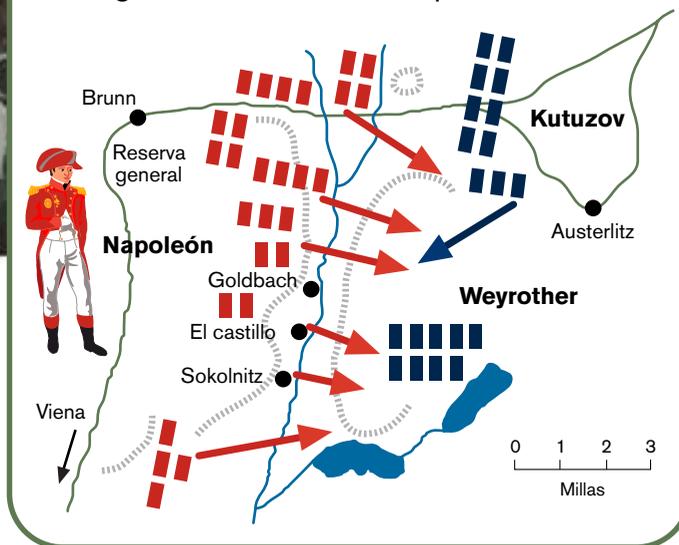
Segunda fase

Todo aquello era exactamente lo que Napoleón había presentido que ocurriría. Con la parte no empleada de su reserva, se abalanzó sobre el flanco del contrataque de Kutuzov. Destrozándolo antes de que pudiera cumplir su misión, a tiempo que comprometía su reserva de ala derecha, situada a alguna distancia del campo de batalla para sustraerla a la observación enemiga. Compuesta por caballería e infantería, cayó como ariete sobre el flanco austriaco despedazándolo.



Mapa 2

Segunda Fase / Contrataque Francés



Con las últimas luces del día, Napoleón Bonaparte recorrió el campo de batalla, saludado por sus tropas jubilosas que gritaban una y otra vez: ¡Vive l'Emperéur!. Al día siguiente, rodeado de sus jóvenes mariscales y generales exultantes de entusiasmo, en frases sencillas que no alcanzan a describir lo colosal de su victoria.

Llegaba el momento decisivo de la batalla. Napoleón lanzó toda su línea al ataque, en explotación del doble envolvimiento iniciado en la fase precedente de la acción. Era el final. Los cuerpos aliados se deshacían, incapaces de contener el formidable alud de las tropas veteranas de la Francia imperial. Las formaciones dejaban de serlo, para fragmentarse en grupos que abandonaban el campo en terrible desorden. A la caída de la noche, Kutuzov herido, consiguió eludir a duras penas la captura por los franceses. Alejandro y Francisco, deshechos en su orgullo de emperadores y generales derrotados, habían abandonado el campo cuando el colapso se hizo inevitable y

los dos grandes ejércitos que comandaron habían dejado de existir.

Con las últimas luces del día, Napoleón Bonaparte recorrió el campo de batalla, saludado por sus tropas jubilosas que gritaban una y otra vez: ¡Vive l'Emperéur!. Al día siguiente, rodeado de sus jóvenes mariscales y generales exultantes de entusiasmo, en frases sencillas que no alcanzan a describir lo colosal de su victoria decía simplemente:

“Ayer he recibido en mi campamento al Emperador de Alemania. Conversamos durante un par de horas... Hemos convenido hacer la paz rápidamente. Mi batalla de Austerlitz es la más hermosa de las que he librado: 45 banderas, más de 150 piezas de artillería, los estandartes de la Guardia Rusa, 20 generales. 30.000 prisioneros... más de 20.000 muertos... Vacilé al recitar la espantable cifra, añadiendo unos segundos después “¡Qué atroc espectáculo!

Se dice que a partir de esa fecha, Napoleón expresaría con creciente frecuencia su pesar por la sangre vertida en sus guerras interminables.”